

te, á aquel cuya gracia no perdí una vez recibida, conservando la hermosa túnica de la inocencia que vestí en el bautismo, á aquel que fué el único objeto de mi amor y el centro de mis afectos? ¿Qué suerte hay comparable con la del que pueda gloriarse como la casta esposa de haberle guardado los frutos añejos y los nuevos y poder decirle con Jacob: Tú eres el Dios que me llevaste en tus brazos desde mi niñez; con David: Tú eres mi porción, mi heredad y mi todo; y con S. Francisco: Dios mio y todas las cosas? El que se acostumbre temprano á servir á Dios, dice S. Ambrosio (1), y en su mocedad presente el cuello al yugo del Señor, se verá libre de las pasiones importunas gozando tranquilamente del apacible y sosegado retiro y de la contemplación de las cosas celestiales. No tendrá que pelear todos los días con su cuerpo, ni que sufrir el asalto de sus concupiscencias, porque el yugo que lleva desde la mocedad, habrá debilitado las fuerzas de su enemigo doméstico. ¡Oh cuán diferente es decir: Dios mio, que me sustentas desde mi menor edad; á tener que llorar con David los deslices de la juventud y clamar al Señor diciendo: No te acuerdes, Señor, de las culpas de mi juventud! Estas últimas palabras son un confortativo de la flaqueza; pero las primeras denotan una salud robusta: aquí se trata de tomar la medicina; allí se dan gracias por la robustez: aquí hay que sufrir los agudos remordimientos de los pecados pasados, la fuerza de los malos hábitos, los ímpetus y la inestabilidad del corazón corrompido por el error y combatir continuamente los vicios envejecidos; allí no hay mas que gozar de los sabrosos frutos del silencio y penetrar los profundos arcanos de los oráculos divinos, que son para las almas

(1) Serm. 2 in psalm. CXVIII.

purificadas y apartadas á tiempo de la confusión del mundo: aquí siempre está uno con temor y en peligro; allí todo es paz y confianza. Dichosa el alma á quien Dios abre desde luego los tesoros de su gracia, y que por su parte se deja gobernar y poseer de su sumo bien, porque podrá decir: Hallé cuanto podía desear; lo hallé y no lo dejaré jamás.

§. XIII. — Cómo debe ser imitada de todos para disponerse á bien morir.

I. Es un excelente dicho de S. Juan Damasceno que el hombre no es mas que un misterio, cuyo principio es salir de Dios y el fin volver á él (1). A decir verdad es un misterio muy profundo el de la predestinación del hombre, el cual á medida que crece en edad, se va ya descubriendo, ya encubriendo mas y siempre llevando tras sí un número infinito de misterios. Sus adelantamientos y atrasos, sus subidas y bajadas, sus desvíos y rodeos, sus caídas y levantadas, sus alternativas de bien y de mal, de alegría y de tristeza, de consuelo y desconsuelo, de luz y oscuridad, de prosperidad y adversidad, de favor y de desgracia, de salud y enfermedad, de honra y deshonor son otros tantos misterios, que deben de hacerle respetar siempre la adorable providencia de Dios. Pero la conclusión de todos ellos es volver á Dios de donde salió. Este es el punto en que el alma entrando en el esplendor de los santos empieza á abrir los ojos y á ver la série de todos los misterios que han pasado en ella. La muerte es un camino necesario y un tránsito inevitable para llegar á ese estado; ó digamos mejor con el Espíritu Santo, ese es el instante de que depende la eternidad, el período que absolutamente nos

(1) Fidei orthodox., l. 2, c. 42.

importa, el negocio de los negocios que tenemos en el mundo. Aunque todos los demas hayan salido bien, si este solo se pierde, se perdió todo; al contrario aun cuando todo se perdiese, si se gana este, no hay nada que temer. De aquí infiero que la ciencia de las ciencias es aprender á bien morir, porque solo la falta de una buena muerte no puede repararse jamás. Mas ¿de quién lo aprenderemos mejor despues de Jesucristo, dechado perfecto de nuestra vida y nuestra muerte, que de aquella de quien hemos aprendido hasta aquí á bien vivir? Con este propósito voy á concluir la imitacion de la Virgen sin pensar por eso detenerme mucho en su tránsito; pero presupongo como la idea cumplidísima de una buena muerte lo que dije largamente en el capítulo XI del tratado primero.

Habituarse desde temprano al pensamiento de la muerte.

II. Ante todas cosas hay que convenir en que el gran secreto de este negocio es habituarse á la idea de la muerte contemplándola con frecuencia y conociéndola por lo que es. El fruto de este provechoso ejercicio es que cuando llega, no la tenemos por una desgracia terrible, sino por la entrada á la libertad de los hijos de Dios; que no nos apegamos á las cosas transitorias de la tierra sino como á cosas prestadas y que hay que devolver cuanto antes; que no somos arrancados de esta vida con violencia y como quien es separado de lo que amaba locamente, sino que salimos gozosos y contentos como de un calabozo; que nos alistamos en el partido de los hijos de Dios, á quienes es tan enojosa la vida como para los hijos del mundo la muerte, segun dice S. Agustín; y que con tiempo ordenamos nuestros asuntos por no ser sorprendidos. Con efecto pues que por lo comun una buena muerte corona una buena vida, es preciso procurár

que el fin diga relacion al principio, y pues el camino es difícil de seguir, todo está en tomarle bien. Es una ceguedad sin igual aguardar á hacer el aprendizaje de una cosa tan importante, que no se hace nunca dos veces y que una vez mal hecha no puede repararse, para cuando flaquean el cuerpo y el alma y no somos de nosotros mas que á medias. Los que quieren de veras salvarse, proceden de otra suerte, porque se acostumbran á morir todos los dias y á vivir como ciudadanos del cielo y peregrinos en la tierra á ejemplo de la madre de Dios, cuya muerte fué mas dulce que el sueño mas apacible, porque su conversacion, su corazon, su alma y todas sus aspiraciones estaban allá arriba. Los justos no dejan por eso de tener un cuidado mas particular cuando sienten llegar la hora de la partida.

Arreglar con tiempo los asuntos temporales.

III. Es señal de mucha prudencia y cordura no aguardar á aquella hora para arreglar sus asuntos temporales, sino tenerlos ordenados y dispuestos con anticipacion. Cuando no fuese así, lo primero que hay que despachar es esto, habiendo tiempo para todo, no porque sea el negocio mas urgente, sino para salir de él y quedar con el espíritu libre y tranquilo á fin de no pensar sino en Dios y en la salvacion. Lo principal en esto es restituir lo mal adquirido y pagar las deudas si las hay; por descuidar estas dos obligaciones sufren muchas almas largos años las penas del purgatorio, sin que puedan aprovecharles los sufragios de los vivos.

Hacer todo el bien que se pueda.

IV. Despues viene el mandar limosnas á los pobres y necesitados sin incurrir en el abuso tan comun de dar á

los que tienen ya de sobra, para ensancharles la tabla que ha de conducirlos á los infiernos. La virgen María, que no tenía mas que dos vestidos de poco valor, dispuso de ellos en favor de dos doncellas pobres ó segun otros de dos viudas, que los guardaron con muchísimo cuidado como dos preciosas reliquias. Confieso que presagio muy mal de una persona acomodada, en cuyo testamento no tienen buena parte los pobres y las obras pias, porque me figuro que Dios, que es el fiador de los pobres, no quiere tomar nada de ellos por no debérselo. Siempre estimaré en mucho, como es debido, las disposiciones de aquellos fieles, que dejan todos sus bienes (no teniendo herederos) ó parte de ellos (en caso de tenerlos) para sufragios y obras pias aplicables por su alma.

Aceptar gustoso de la mano de Dios la muerte con todas sus consecuencias.

V. Dejemos lo accesorio para venir á lo principal y hablemos del cuidado del alma. La primera cosa que hizo la Virgen cuando el ángel le trajo la tan deseada nueva de su muerte, fué entonar el cántico de Simeon *Nunc dimittis* y aceptarla como una señalada merced de su hijo. A mi juicio esto es lo primero que Dios desea de una alma que se ha criado en su fé y en su temor, cuando es llamada á pensar en sí y prepararse para la muerte. Sientan dejar la vida los que no esperan otra felicidad que la de la tierra: lloren como quien todo lo ha perdido, y estremézcanse con solo oír el nombre de la muerte; pero los que esperan la herencia del cielo adquirida por el Salvador, han de levantar las manos á lo alto en cuanto se les avise que se acerca su fin, y con toda su alma han de resignarse en la voluntad de Dios aceptando la nueva de su partida y recibéndola como una esquila de convite de su bondadoso padre. Doblen

el cuello á sus mandatos, ofrézcanle cuanto tienen y son, y denle humildemente las gracias porque se ha dignado de acordarse de ellos. Algunas personas espirituales se mueven por devocion á aceptar gustosos no solo la muerte, sino en particular todas sus consecuencias y dependencias, como son las enfermedades, las angustias, los dolores, las debilidades de cuerpo y alma, los tormentos de la agonía, el féretro, la podredumbre y los gusanos, las penas del purgatorio y todo lo que Dios se sirva disponer ya en vida, ya despues de la muerte. Enseñan muchos teólogos abonados que este es el medio de hacer meritorio aun aquello que nos pasa despues de la muerte, que no es poco tesoro; pero aun cuando no fuese así, este acto es de suyo tan noble y agradable á Dios, que el deseo que debemos tener de no omitir entonces nada de cuanto puede contentar á la divina majestad, basta para inclinarnos á practicarle.

Recurrir con tiempo á las últimas armas del cristiano. Hacerse amigos en vida entre los justos.

VI. La Virgen alcanzó del Señor que los santos apóstoles se hallasen presentes á su muerte tanto para que la asistieran, como para que recibieran su último á Dios y algun buen consejo. En este hecho descubro tres singulares documentos que nuestra amorosa madre da á todos sus hijos. El primero es pertrecharse á tiempo de las armas de salvacion y pedir cuanto antes el auxilio de los santos sacramentos ya á fin de evitar las sorpresas, ya por hacer mas meritorios los actos siguientes y tener mas fortaleza para pelear con los enemigos y sufrir las incomodidades de la enfermedad por medio de aquel que venció la muerte y el demonio y derribó en tierra á todos nuestros enemigos. El segundo es ganarse amigos en vida entre los justos, de quienes pue-

dan recibir asistencia en el último trance y á quienes el derecho de la amistad y de la caridad dé atrevimiento para entrar á servirlos sin ser llamados. La presencia de tales personas contiene los esfuerzos de los espíritus invisibles é impide los gritos inútiles de los de la casa: sus propósitos despiertan los sentidos embargados del moribundo, y sus oraciones impetrán de Dios las fuerzas necesarias al alma en aquella hora terrible. El tercero es hacer y decir algo que pueda servir de memorial á los que sobrevivan, porque las últimas palabras de los moribundos son como saetas encendidas que traspasan y abrasan los corazones y muchas veces son causa de notables conversiones.

Dejar algun memorial de piedad á los hijos, amigos etc. Tratar con Dios de la salvacion.

VII. La madre de Dios habiéndolo ordenado todo de esta suerte empleó diligentísimamente el tiempo que le quedaba hasta espirar, en dulces y amorosos coloquios con su amado hijo, que habia bajado del cielo para recibir el alma de su queridísima madre, y en actos de fé, esperanza, caridad y religion, que arrebatában á los asistentes y les daban ganas de seguirla. Esos actos son como las afeadas del alma cristiana que deben de disponerla á volar hácia el cielo, sin olvidar el perdon cordial de las injurias recibidas, la humilde satisfaccion por las que se han hecho al prójimo, las lágrimas y el dolor por los pecados cometidos, los abrazos á la cruz, el recurso á la preciosa sangre de Jesucristo, la firme confianza en su santa madre, la invocacion fervorosa de los santos á quienes se tiene particular devocion y sobre todo al ángel de la guarda, todo lo que puede ayudar á detestar la ofensa hecha á Dios y unirse al sumo bien. Siempre me han gustado aque-

llos que asegurando la jugada en cuanto se puede en un negocio de tal trascendencia, preparan de antemano su testamento espiritual y ponen por escrito todas las protestas que quisieran hacer entonces, las consideraciones mas eficaces para rezarlas en forma de versículos ó de breves oraciones sacadas de la Escritura y santos padres ó inventadas por ellos, y particularmente aquellas á que estan mas habituados, porque nada tiene entonces tanta virtud sobre el alma como los sentimientos á que se halla acostumbrada. Todavía aprecio mas la laudable práctica de otros, que se preparan algunas veces en el año para una buena muerte por medio de ejercicios espirituales, suplicando al Señor que en su infinita misericordia los acepte desde entonces para la hora de la muerte como su última é inalterable voluntad, principalmente en caso de muerte imprevista y repentina que no les dejase tiempo para disponerse. Quiera Dios otorgarnos la gracia de morir con la muerte de los justos, entregar nuestra alma en sus manos y las de su madre santísima y acabar tan felizmente nuestra vida, que la beatísima Trinidad sea glorificada en el fin así como en el principio y en el medio.

CAPITULO XII.

DE LA ASOCIACION; UNDÉCIMO RECONOCIMIENTO DEBIDO A LAS GRANDEZAS DE LA MADRE DE DIOS.

Así como vemos que un rio cuanto mas se acerca á desembocar en el mar, mas se hincha con los arroyos y torrentes que recibe al paso, de la misma manera cuanto mas tocamos al fin de esta obra, mas se refuerzan las diferentes especies de reconocimiento por la union de otras varias que arrastran consigo. La asocia-